

Buenos días, licenciado

- II -

Una mañana - en los primeros días de la restauración de la República - me hallaba en el despacho del Ministerio de Relaciones - discutiendo con un diplomático subalterno (que hoy es Ministro) cierto punto dudoso de Derecho internacional con motivo de una nota transmitida por el Gabinete de Austria a nuestro Gobierno. Fue lo más ameno de la controversia, cuando mi colega sacudía la cabellera para dejar caer sus ideas, un ruido brusco que sentí a mis espaldas y que provenía de la lámpara y del fondo, me hizo volver la cara.....

Ah! ah! Caréceme estarlo viendo todavía, queridos y fieles conciudadanos! El amable interruptor - porque era un hombre - asomó primero la cabeza, luego el brazo derecho, después el busto,

en seguida una pierna armada de bota fuerte y espuela de brillante acero y, por último, se coló en el Ministerio con una sencillez enteramente republicana.

¡Nombre! ¡Nombre! ¿quién es este? dije rápidamente al discreto Sr. Mariscal. En este instante una mano apretando la mía y una voz más familiar aún, exclamó:

¡Buenos días, licenciado!
Nombre, hombre, buenos días, General!

Porque aquel ciudadano evidentemente que era un General: yo no veía ni soñaba otra cosa desde nuestra excursión a Paso del Norte. Generales por delante, Generales por detrás, Generales a los lados y soldaditos por todas partes.

Hasta los Sres. Balcárcel y Guillermo Prieto, eran Generales, todos, menos yo!

En la manera furtiva de introducirse había presentido yo a Porfirio Díaz, digo presentido porque no tenía la dicha de conocerle personalmente. El Sr. Juárez apenas hablaba de las proezas de ese soldado. Un día, al recibir la noticia del fusilamiento de Vidaurri, díjome sonriendo:

"Es un hombre que mata llorando"
Miréle. Duro el ojo e inyectada la pupila con reflexión felina y algo de inquietante en la mirada. Si es un héroe - dije para mí - ¿qué triste máscara tienen algunos héroes! Su palabra de inflexiones melosas, hacía un contraste siniestro con el fuego de la fisonomía. Era algo como el gato quepiendo en el maullido imitar los trinos del periconto.

Cuando quedamos solos, acercó

7
su silla a la mía, colocó la espada sobre la rodilla y díjome lentamente:

¿Sabrá Ud. que mis soldados aprehendieron ayer en Tacubaya al imperialista H... T...?

Nombre, esa es la primera noticia...
Y estoy por fusilarlo.

Grave! Gravísimo!

¿Cree Ud. que es grave fusilar a un traidor?

Nombre! ¿y a mí qué me cuenta Ud.? Acuda Ud. al Ministro de la Guerra.

A eso vengo precisamente..... a que Ud. influya con D. Benito para que permita a mis soldados esas distracciones..... Los traidores deben desaparecer del suelo de México!

Al pronunciar esas palabras, el general Díaz comenzaba a entornarse...

Cave adsum!

Algunos días después, y en consejo de Ministros, acordamos confinar a los traidores pacíficos en el Fuerte de Perote. Ciertamente que era un castigo irrisorio para tan magno delito. La opinión pública exasperada, reclamaba un escarmiento para los que habían desencadenado sobre la Patria los horrores de la invasión. Consciente e inconscientemente, ellos eran los responsables, y la responsabilidad, en sana jurisprudencia, recaía consigo la culpa. Culpables, sólo faltaba influirlas la pena: esto lo aconsejaba una lógica elemental. Aplicar la pena de muerte a un grupo de ancianos acandalados, a un grupo que constituía la aristocracia del país, hubiera sido commover de traix a una sociedad ya hondamente consternada. Se optó un término, que

8

sin ser de conciliación, revestía las facies de una solución: el confinamiento significaba simplemente un reproche antes que un castigo. Entonces - 1867 - el Ferrocarril de Veracruz llegaba solamente hasta Apizaco. Se improvisó un tren que condujera a los augustos reos a su destino. Ya en la estación, cuando las manos de los confinados se tenían saludando a deudos y amigos, cuando los primeros tubidos de la locomotora impaciente anunciaba la marcha, un hombre, un General, se acercaba aquí y acullá despidiendo a unos y consolando a otros; empapado en lágrimas el pañuelo, apostrofa a la República por aquella injusta expiación..... y todavía, cuando el tren se alejaba perdiéndose en el

8
polvo del camino, el General aquel
agitaba nerviosamente su Kefi, dejando
caer una lágrima sobre los labri-
llantados rielos.....

Al día siguiente decíame el Sr. Juárez:
¿Sabes? Que este Gral. Díaz es
un hombre excéntrico?

- ¡Vamos! algún nuevo fusilamiento?
Nada de eso! ¡Ha ido a despedir
a los traidores a la Estación.

¡Hombré, es original. Cuando este
señor no fusila, despide..... Es
original.

x x
x

9
El lobo asoma la oreja.

- III -

Duros, muy duros fueron los
primeros años de la restauración
Constitucional para los liberales: es-
tabamos en presencia de un triunfo
que semejaba una derrota. Si el
Gabinete del Sr. Juárez no obraba con ener-
gía, las tumbas abiertas en Querétaro
podrían ser también nuestras tumbas.
Pero no energía en sentido represivo,
sino expansivo, aplicando las
diversas energías intelectuales a los
ramos esencialmente materiales. Es
más fácil remover un escombros
que levantar un muro, y la
República tenía como base
escombros humanos. No se bus-
caba la solución de un problema,
sino la de muchos problemas
que se encadenaban entre sí

como los anillos de una serpiente. En Guerra, por ejemplo, no bastaba aumentar el guarismo aritmético de ingresos. Disminuyendo el contingente del saque, se requería también cimentar el equilibrio de la fuerza bruta con la impulsión moral del Gobierno, según la gráfica expresión de Herbert Spencer. ¿Y más claramente, ¿las porciones de tropa en receso no se resolverían en rebelión armada contra el Gobierno? Porque en México el elemento pretoriano había adquirido tal y tan grande intensidad, que constituía por sí solo una amenaza para las instituciones. Quebrantar su insolente poderío era y fue la preocupación constante de los Pres. Juárez, Iglesias y del que esto escribe. Allí estaba el talón del invulnerable Aquiles: herirlo era matar el principio

10
revolucionario, eternamente modificándose y viviendo en el seno desgarrado de la Patria. Luego, la Hacienda pública con su simplacable y descarnada miseria, exsangre la Nación, extintas todas las fuentes de riqueza; en Gobernación y Justicia, invertidas las leyes del castigo y desconocido el principio de Autoridad. Parálisis económica, pobreza agrícola e indigencia mercantil. He allí el cuadro que ofrecía México en 1867-68. Se acordó en junta de generales disminuir el Ejército. Quien más visiblemente apoyó esa medida fue el Sr. Díaz, ofreciendo dirigirse en lo personal a sus compañeros de armas para que cooperasen por su parte al acuerdo ministerial. Yo, que asistía al de-

bate medio oculto en la penumbra proyectada por un cortinaje - celebró al caer la tarde - y observando las fisonomías de aquellos héroes, bronchadas por el sol de Mayo, no dejé de inquietarme al sorprender en Don Porfirio una de esas miradas que los franceses llaman *louré* y que puede traducirse simplemente por siniestra ó torva. ¿Era acaso un fenómeno de óptica en complicidad con la vacillante luz del crepúsculo?

En un momento oportuno y al día siguiente hablé al señor Juárez respecto á la sinceridad del Sr. Díaz cuya ardiente vehemencia me inspiraba temores. ¿Cree Ud. que llegue hasta allá su..... inconsciencia? Hombre! llorando, llorando, sería capaz de fusilarnos á Ud. y

á mi..... si nos descuidamos!

*
* *

Mis prevenciones, desgraciadamente, se confirmaron. El Sr. Díaz, siguiendo la rectitud de sus instintos, había hablado con los jefes y Oficiales de la guarnición manifestándoles lo patriótico del acusado, exhortándolos á que lo acataran. La audiencia había sido pública y todos aplaudían al soldado que, como Washington, había sido el primero en la guerra y el primero en la paz. La noche de ese día el Sr. Díaz catequizaba á la soldada y aisladamente á los mismos jefes para que resistieran con las armas á la orden del licenciamiento. Posteriormente tuvimos más amplios y divertidos pormenores de esa prodigiosa dualidad de proceder: el futuro Pacificador había dicho á sus

compañeros de armas: - "Como! os marcháis á vuestras casas desnudos y sin pan, en tanto que Juárez, Lerdo, Iglesias y otros tinterillos se aprovechan de vuestro triunfo?" - Esas perfidas insinuaciones tenían el mérito de la duplicidad utilitaria: por un lado se creaba simpatías en el Ejército, y por el otro aparecía como un General sumiso y respetuoso al Gobierno constituido. ¡Lástima que en política esa clase de, mefistofélicos recursos, gastados en fuerza de su explotación, sean, además, peligrosos! El Sr. Juárez, cuando los conoció en todos sus repugnantes detalles, estuvo á punto de hacer una de don Pedro el Cruel. Nunca le había visto tan airado como entonces: su cara de Esfinge se alteró visiblemente y fueron necesarias algunas horas de deliberación para

12
calmar su legítima indignación. Lo que más le había impulsado á ahogar el asunto, era el temor de un escándalo que refluiría en perjuicio de la República: inmoló la idea en el altar del hombre.....

Todavía, después de esa incomprendible jugada, el Sr. Díaz celebró con D. Beltrán una entrevista para explicar su conducta. Al verlo llorar y excusarse con indigno servilismo, recordó la amarga y enérgica expresión de Facito: *Omnia serviliter pro Cominatione.*
